

Debate

CONSEJO EDITORIAL

José Sánchez-Parga, Alberto Acosta, José Laso Ribadeneira,
Simón Espinosa, Diego Cornejo Menacho, Manuel Chiriboga,
Fredy Rivera, Jaime Borja Torres, Marco Romero.

DIRECTOR

Francisco Rhon Dávila
Director Ejecutivo CAAP

EDITOR

Juan Carlos Ribadeneira

ECUADOR DEBATE

Es una publicación periódica del Centro Andino de Acción Popular CAAP, que aparece tres veces al año. La información que se publica es canalizada por los miembros del Consejo Editorial. Las opiniones y comentarios expresados en nuestras páginas son de exclusiva responsabilidad de quien los suscribe y no, necesariamente, de ECUADOR DEBATE.

SUSCRIPCIONES

Valor anual, tres números:

EXTERIOR: US\$ 18

ECUADOR: S/. 5.200

EJEMPLAR SUELTO: EXTERIOR US\$ 6

EJEMPLAR SUELTO: ECUADOR S/. 1.800

ECUADOR DEBATE

Apartado Aéreo 17-15-00173-B Quito Ecuador
Redacción: Diego Martín de Utreras 733 y Selva Alegre, Quito
Se autoriza la reproducción total y parcial de nuestra información, siempre y cuando se cite expresamente como fuente a ECUADOR DEBATE.



Centro Andino de
Acción Popular
CAAP
Director ejecutivo:
Francisco Rhon Dávila

5100
040713
FLACSO - Biblioteca



ECUADOR DEBATE

Quito-Ecuador, Agosto de 1992

EDITORIAL 3 - 6

COYUNTURA

**La política económica del Gobierno de Borja y el
ajuste de cinturones 9 - 22**

ZONIA PALAN

Elecciones 92 o desreglamentación de la política 23 - 26

JOSE SANCHEZ PARGA

TEMA CENTRAL

La inflación: el gran argumento 29 - 36

DIEGO CORNEJO MENACHO

Los protagonistas de la inflación Latinoamericana 37 - 54

JAVIER IGUIÑEZ ECHEVERRIA

**Mercados al consumidor en Ecuador: los de-
terminantes de la inflación en el corto plazo**

(1980/1992) 55 - 69

SEBASTIAN INFANTE

La inflación: causas, consecuencias y remedios 71 - 80

PABLO LUCIO PAREDES

**Hacia una política no-ortodoxa de estabilización
para el Ecuador 81 - 115**

JURGEN SCHULDT

R224 Rw 9830 q:3

LIBROS 117 -120

ANALISIS

El discurso del Quinto Centenario: en el umbral semiótico 123 - 142

DIEGO ALFONSO ACOSTA

**Deterioro de la vida en el neoliberalismo: el des-
concierto de la salud en América Latina 143 - 166**

JAIME BREILH

DEBATE AGRARIO

Los campesinos arroceros y el mercado andino 169 - 187

RAFAEL GUERRERO B.

**Campesinado y medio ambiente: elementos de
discusión 189 - 198**

FREDY RIVERA VELEZ

CRITICA BIBLIOGRAFICA

**Agricultura: Diagnóstico y perspectivas. Comen-
tarios al libro de Morris D. Whitaker 199 - 204**

MARCO ROMERO

BIBLIOTECA



**FLACSO
ECUADOR**

análisis



EL DISCURSO DEL QUINTO CENTENARIO: EN EL UMBRAL SEMIOTICO *

Diego Alfonso Acosta **

El descubrimiento y la conquista española y la subsiguiente creación de una sociedad sui generis, se ha llegado a mirar como un extraño y objetable accidente, sin vinculación con nuestro ser actual.

**UNA TEORIA DE LA "MENTIRA" Y
DE LOS CONCEPTOS SUBYA-
CENTES**

Teoría de los códigos, producción de
código, signo, referente, desam-

bigüación contextual y circunstancial,
símbolos, indicios, iconismo, hipercodi-
ficación e hipocodificación, semema, etc.,
estos son algunos de los términos que
podrían espantar a una persona común
ante este texto, que busca únicamente

* Obtuvo el segundo lugar en el concurso de ensayos "500 años: una discusión necesaria", organizado por FEUCE-Quito/FECE y FEPON y auspiciado por CAAP-CIESE. El primer lugar se declaró desierto.

** Estudiante de Jurisprudencia y Lingüística de la Universidad Católica de Quito.

proponer algunas reflexiones, a partir de ciertos razonamientos semióticos básicos sin pretender convertirse en un estudio profundo de las implicaciones semióticas del discurso sobre el Quinto Centenario del Descubrimiento de América. He procurado que algunos conceptos semióticos tengan una breve explicación y, sobre todo, que esos enunciados tengan su reflejo en un sencillo comentario de las consecuencias que, se derivan de las posturas y pronunciamientos más relevantes sobre "Los 500 años".

Efectivamente, el proyecto de una disciplina que estudia el conjunto de la cultura, descompuesta en signos ¹, como una representación inmensa de objetos y de acontecimientos, puede dar la impresión de un "imperialismo" semiótico arrogante. La objeción que más rápidamente se les imputa a los semiólogos jactanciosos, es que cualquier objeto (material o conceptual) es un signo y por lo tanto entramos en una representación infinita que "acabaría" con la sola mención de la imaginación; sin embargo, la semiótica se ocupa de cualquier cosa que pueda considerarse como signo, sin entrar en particulares e inacabables relaciones de significados, en un juego metafísico casi místico.

Como se dijo anteriormente, signo es cualquier cosa que pueda considerarse

como sustituto significante de cualquier cosa, esa cualquier cosa no debe necesariamente existir ni debe substituir de hecho en el momento en que el signo la presente.

Para poner un ejemplo muy del día, el término automóvil no sólo es una entidad semántica que podría tener varios significantes o varias categorías de oposición -bicicleta, a pie- que nos ayudaría a comprender su connotación; es más que eso, puede convertirse en un significante también de una función o de un determinado valor social que puede convertirse en un signo semántico, cuando éste podría significar también "velocidad", "conveniencia", "riqueza" o "posición social". Espero que con estos ejemplos marginales, se pueda avizorar mejor la comprensión de los varios significados que puede tener un signo.

Esa cualquier cosa no debe necesariamente existir ni debe subsistir de hecho en el momento en que el signo la represente. En este sentido, la semiótica es, en principio, la disciplina que estudia todo lo que pueda usarse para mentir.

Si una cosa no puede usarse para mentir, quiere decir que tampoco se podrá usar para decir la verdad; en realidad no podría usarse para decir nada. Esta

¹ Todo lo que a partir de una convención aceptada previamente, pueda entenderse como alguna cosa que está en lugar de otra, Umberto Eco, Tratado de Semiótica General.

definición podría representar un programa satisfactorio para una semiótica general.

ALGUNAS CARTAS SOBRE LA MESA

El tema escogido suscita el interés actual sobre ese curioso estado de ánimo de muchos latinoamericanos con respecto a su propia historia. El descubrimiento y la conquista española del nuevo continente y la subsiguiente creación de una nueva sociedad sui generis, se ha llegado a mirar como un ingrato accidente, extraño, objetable en muchos aspectos y que poco tiene que ver con nuestro ser actual.

Es una noción que se asemeja mucho a la que los cristianos han mantenido con respecto al origen de la historia, el de un pecado original que no hemos terminado de purgar. Ese pecado, en su forma más simple, está constituido por el sometimiento y ruptura de las culturas indígenas y por la cruenta lucha de dominación que los conquistadores llevaron a cabo, hasta formar una nueva realidad social, política y cultural.

Se llega, a veces, a extremos carentes de todo sentido, se oye decir y hasta se lee "porque los españoles nos descubrieron y nos conquistaron somos así"; es la forma extrema de una proposición ilógica, es un condicionamiento al curso de la historia, a su dinámica y a su extrema fragilidad temporal.

Por esta circunstancia excepcional de mezcla cultural y étnica, por la formación de la sociedad y de una nueva realidad humana, es que se dio paso a la formación de un nuevo proceso en la redefinición como actores sociales de nuestro destino; gracias a ese legado muy difícil de ser aceptado por parte de los análisis a ultranza, es que se pudo impulsar muchos acontecimientos históricos alimentados por una nueva generación étnica de los mestizos.

Por eso, no podemos hablar de "conquista" y "descubrimiento" como algo externo y ajeno, que le aconteció a una América Latina anterior a esos hechos, en el momento inicial de la propia formación de su ser histórico. El conquistador y el conquistado, el indígena y el encomendero, el esclavizador y el esclavo están fundidos en el mismo espíritu hereditario:

"Europa debería tratar de vernos a través de su propio pasado" (Gabriel García Márquez, *Lecturas Dominicales*, Diario "El Tiempo" Colombia, 10 de Noviembre de 1991)

Esto nos lleva a cuestionar la reflexión simplista que se plantea en la conmemoración, quizás sumida en la "soberbia vacía del hispanismo", como lo diría Octavio Paz, encaminada a demostrar al mundo entero su paradoja y su ansia por figurar en los campos de la notoriedad mundial asolada por vientos implacables de modernidad.

Más que pensar en la identificación y en la identidad de una supuesta cultura latinoamericana, que en el plano social no existe por la presencia y la suma de aportes socio-culturales diversos, es más sencillo el reconocimiento de su formación heterogénea: de esta manera salimos al paso de autosuficiencias y justificación teóricas que no hacen otra cosa que poner en juego la credibilidad de una apreciación rigurosa y honesta.

García Márquez también ratificó esta noción, dejando de lado la pretensión justificada de Vasconcelos, cuando respondió a la pregunta, ¿puede estimarse, entonces, que existe una cultura latinoamericana?

"No creo que pueda decirse que hay una cultura latinoamericana ya formada como tal. Por ejemplo, en América Central, en la región del Caribe, existe un aporte africano que da como resultado una cultura diferente a la de los países con población indígena importante como el Perú o México. Este fenómeno puede constatarse en varias naciones de América Latina.

En América del Sur, Venezuela y Colombia tienen más que ver con aspectos culturales del Caribe que con los indios de los andes que existen sin embargo en otros países. En Perú o en Ecuador se observa una situación similar entre la Costa y la Sierra del altiplano, y así es todo el continente. Estos aportes múltiples se reúnen y forman las bases de la cultura del conjunto de América

Latina dándole su particularidad, su personalidad y su propia representatividad en relación con las demás culturas del mundo".

Lo que importa es reconocer la particularidad profunda de la condición latinoamericana y para ello hay que comenzar por asimilar todo el pasado, sin exclusión alguna, sin cargos de conciencia de pecado original, con plena voluntad de asumir la totalidad de la herencia que nos toque.

Al respecto, Gabriel García Márquez complementa esta otra idea y responder a la pregunta, ¿Qué representa la influencia española? del siguiente modo:

"No se puede negar que en América Latina existe una fuerte presencia de la cultura española, junto con la cultura Portuguesa del Brasil. Se encuentra en todas las manifestaciones de la vida y el castellano es el idioma que hablamos.

Es un elemento de gran riqueza, pero al mismo tiempo controvertido y despreciado muchas veces. Aunque esa herencia también forma parte de nuestra personalidad cultural, hay en Latinoamérica una falsa vergüenza por todo lo español que me parece excesiva y peligrosa y nos complica las cosas. Al contrario yo me siento muy orgulloso de contar con este aporte y no me avergüenza en absoluto. Hoy en día la colonización española ya no constituye un problema. Latinoamérica está hecha de los desperdicios de Europa, pero no

somos una copia. Latinoamérica es otra cosa" (Lecturas dominicales, Diario "El Tiempo" de Colombia, 10 de Noviembre de 1991).

Creo que más para bien, porque aquellos hombres míticos, duros, brutales, codiciosos y fanáticos que vinieron a la América -y cuyos nombres andas dispersos en las genealogías de algunas familias latinoamericana- llevaron consigo, además del hambre de riqueza y la implacable cruz, una cultura que se arraigó entre nosotros y que hasta hoy sobrevive con su marcada diversidad étnica, social y cultural.

NUESTRA AMERICA: UNA REALIDAD NO DEBIDA

El 12 de octubre apunta a un hecho decisivo de nuestra historia, pero difícilmente asociable con el impulso de una construcción nacional, supone el inicio de una peripecia imperial de cuya desintegración arranca el difícil proceso de modernización de la España contemporánea. Es también una fecha definida por una relación frente a otra, el descubrimiento y el conquistado, en condiciones que sólo a través del encubrimiento, autorizan una retórica de exaltación y entronización.

Tiene así un sesgo difícilmente eliminable que nos conduce de manera ineludible hacia una visión que se tife de color étnico, y por eso no resulta fácil su reconstrucción al sistema de valores de una sociedad democrática,

que en los actuales momentos, se encuentra bajo la presión de las reivindicaciones nacionalistas a ultranza. Es también difícil esa incorporación a los caracteres establecidos en las relaciones de solidaridad que deberían prevalecer entre España y América, pasado el tiempo que nos induce a pensar sin dificultad, en las variaciones de las condiciones históricas, cuestión que nos debe llevar a determinar otros indicios para el análisis.

En realidad, las dificultades empezaron muy pronto, y los españoles fueron los primeros en tomar conciencia de ello, cuando acuñaron, a mediados del siglo XVI, la expresión de que, por la riqueza americana, España se había convertido en las Indias de Europa. Dos siglos más tarde, Montesquieu elabora una explicación célebre en torno a ese falso enriquecimiento del que se deriva el atraso de la España moderna frente a los demás países que comparten su órbita geopolítica.

El imperio no fue la plataforma de despegue del capitalismo español por espacio de dos siglos, y cuando la explotación colonial emprendía su racionalización a finales del siglo XVIII, el cambio servirá solo para intensificar la voluntad de independencia frente a una metrópoli monopolista y atrasada.

De ahí que, con la excepción de Cuba, la independencia suponga una ruptura tajante en los órdenes políticos y económicos; una tras otra, se repetirán

las órdenes de expulsión de los residentes españoles en los nuevos países independientes. Los tardíos reconocimientos y brotes revanchistas ahondarán aún más la distancia que solo se colma con las corrientes migratorias y las relaciones entre las élites culturales.

NI BLANQUEAR NI CRIMINALIZAR LA CONQUISTA

Por lo demás, tampoco el balance de lo realizado resulta inequívocamente positivo. Ante el espectro de la llamada "leyenda negra", no han faltado ni faltan publicistas e historiadores que rechazan la supuesta crucifixión de España, con arrestos y un estilo digno del mejor gladiador medieval.

Otros promotores de opinión son más sutiles y juegan con los matices y los disimulos, pensemos en la reiteración de los mensajes sobre el papel benéfico de la Corona respecto de los indios; por eso mismo la idea de un "encuentro de dos mundos" encierra profundas malformaciones y apresuradas connotaciones que están encaminadas más a intereses creados de ciertos sectores sociales que desean un cierto nivel de notoriedad, en unos casos, y una reivindicación de un espacio social en una democracia que teóricamente les brinda oportunidad distinta a la vileza del juego político y del poder.

El Almirante Colón fue bien claro en manifestar su tarea cumplida -"descubrir y conquistar"-, y no parecen existir

razones para rectificar su propuesta; el encuentro sugiere bilateralidad acompañada de simetría en las posiciones, y eso no existió entre españoles y americanos.

Es definitivo que el gran almirante no arribó con una delegación de la Cruz Roja, las Naciones Unidas, Amnistía Internacional o Greenpeace; lo mínimo que se podía esperar es que los clérigos den la venia doctrinal, para que se atenúe el "cargó de conciencia" de los adelantados; aunque aquí Fray Bartolomé de las Casas, Montesinos y algunos otros hayan constituido la excepción que confirma la regla.

Justamente en los paradigmáticos encuentros que la historia tiene registrados como una referencia anecdótica-el encuentro entre Moctezuma y Cortez, el de Pizarro y Atahualpa- es donde más claramente emerge el espíritu de dominación a cualquier precio, que caracterizó esta fase de la conquista.

Procesos semejantes han estado en el origen de todas las grandes culturas contemporáneas, solo que generalmente ocurrieron, en épocas históricas muy convulsionadas, que generalmente derivaron en una imagen de leyenda y de mito.

Resultaría absurdo que un hijo de la Europa de hoy dijera en algún momento "cuando los romanos nos conquistaron o cuando los bárbaros nos invadieron", porque esos hechos deter-

minaron la formación de una nueva realidad cultural y humana que es la Europa de hoy. La cultura occidental es el fruto de un inmenso proceso de mezcla radical y cultural, como lo fue antes la cuenca del Mediterráneo.

Del mismo modo que resulta abusiva la utilización del término descubrimiento, en el sentido amplio de DJ Boorstin, tal vez servirá en Sevilla para diluir la "sorpresa americana" en un recorrido humano que acabe en los viajes más allá del sistema solar, constituye un fraude marginar este componente de poder que sigue necesariamente a los descubrimientos españoles. "Las Indias", resume Colón en la relación de su cuarto viaje, "eran el mayor señorío rico que hay en el mundo".

Descubrir, conquistar, explotar, forman un tríptico inseparable en la definición de un proceso cuyos rasgos surgen muy pronto en torno al vocablo emblemático oro; el hecho de que esta noción sea complementaria con la evangelización, no niega la realidad inicial que motivará las postrímeras manifestaciones de coraje aventurero.

Del mismo modo que el componente de destrucción del mundo indígena, de genocidio incluso, no corresponde solamente a la acción española sobre América, siendo ampliamente compartido por las experiencias coloniales posteriores.

Como ha demostrado Nathan Wachtel en su obra "La visión de los vencidos", siguiendo la estela de la Nueva Crónica de las Indias de Guamán Poma de Ayala, la conquista introduce una desestructuración que rompe los equilibrios de la sociedad indígena, al sustituir con un ejercicio implacable del poder, lo que eran anteriormente las relaciones de reciprocidad. No en vano ese poder se consolida mediante la decapitación de su precedente: Moctezuma y Atahualpa son entre otras, las importantes cabezas jerárquicas que rodaron bajo los efectos implacables del sable.

Se trataba de demostrar que no serían tolerados poderes paralelos, aun cuando fuera preciso conservar los intermedios de la jerarquía indígena para un mejor ejercicio de la dominación; de este modo la supervivencia de las formas de organización precolombinas tiene lugar en forma de circuitos unidireccionales, con punto de llegada en la colonización.

Ello no significa que el orden social de la conquista, con su profunda desigualdad institucionalizada en la jerarquía de castas, desaparezca en siglos sucesivos; todo lo contrario, luego habría una superposición de estas mismas relaciones en nuevas estructuras sociales.

La insistencia en el mestizaje no puede encubrir la persistencia de las castas, distribuyéndose en el recipiente social, como líquidos de diferente color y

densidad. Basta comparar los acrisolados rostros de las pantallas de cualquier red televisiva, con los que se pueda encontrar en cualquier sitio con un semblante popular y veremos que, el predominio de cierta estética, se mezcla de una manera subrepticia con los condicionamientos sociales que alienan todavía cierto tipo de estigma.

Esto nos muestra la distancia que nos separa de aquel sueño de Rivera y Vasconcelos de una trascendencia cósmica mestiza. El orden colonial español no fue, desgraciadamente, la plataforma para la organización social donde la modernización se viera libre de radicales diferencias sociales, más bien generó sociedades duales, cuyos traumas distan de haberse resuelto.

Así que la imagen es amarga, porque la realidad lo fue y lo es; por lo demás ello no significa negar cualquier vestigio heroico o utópico de la conquista, ni renunciar a una relación de comprensión y de solidaridad con la América, desde una sensibilidad mayor que cualquier otro país europeo. Tampoco hay que inventar nada: frente a la racionalización del dominio español efectuado por el padre Vitoria o la perspectiva eurocéntrica de Sepúlveda, existe una alternativa que debe ser tomada en cuenta, la obra de las Casas ofrece en sus grandes orientaciones, por lo menos una salvedad a la generalización caprichosa y arbitraria; esto da la medida

de cuan complicado resulta conceder una máscara de consenso o una faz asimétrica.

El clima es hoy más favorable que nunca, pudiendo augurar que si la hojarasca conmemorativa no lo cubre todo, asistiremos a la definitiva desaparición de las nubes y las nieblas que Moctezuma evocara en la salutación a Cortez.

EL QUE TENGA RABO DE PAJA, QUE NO SE ACERQUE

Esta percepción comparativa no está en contra de que se recuerde que la llegada de los europeos a América, fue una gesta sangrienta, en la que se cometieron inexcusables brutalidades contra los vencidos; pero sí de que no se recuerde a la vez, que remontar el no del tiempo en la historia de cualquier pueblo, conduce siempre a un espectáculo feroz, a acciones que hoy nos abruman y horrorizan. Y se olvide que todo americano es producto de todas esas contradicciones manifestadas en ese suceso, para bien o para mal.

Al respecto el escritor Mario Vargas Llosa también argumenta en este sentido:

"Quienes se indignan tan terriblemente por los crímenes y crueldades de los conquistadores españoles contra los incas, jamás se han indignado por los crímenes y latrocinios que fueron realizados por los conquistadores incas en contra de los otros pueblos indígenas

que habitaban las tierras y que fueron objeto de su plan de expansión, conquista y sojuzgamiento -algo que está suficientemente documentado-, nadie ha derramado una lágrima por las cruentas jornadas entre los contendientes del Tahuantinsuyo Huáscar y Atahualpa ni de los miles de sacrificados en favor de sus dioses en bárbaras ceremonias y rituales que cada vez más teñían de rojo al color velado de la cosmogonía de los incas, mayas, chibchas o toltecas" (Diario "El País", España, Cabezazos con la Madre Patria, 26 de Enero de 1992).

Y sin embargo todos estarían de acuerdo en reconocer que no se puede ser selectivo con la indignación moral por lo pasado, que la crueldad histórica debe ser condenada en bloque, allí donde aparezca, y que no es justo volcar la conmiseración hacia las víctimas de una sola cultura olvidando a las que esta misma provocó.

Recurramos a otra fase de Octavio Paz, de aquellas que suelen decir las grandes personalidades y que asombran a nuestra escurridiza capacidad de síntesis, generalmente opacada por su complacencia con una retórica insinuante; dijo que Idealizar a los vencidos sería igual que idolatrar a los vencedores.

Y LUEGO DE LOS HOMBRES-CABALLO

Muchos de los latinoamericanos que tratan de reivindicar y resucitar las ahora

estériles polémicas entre hispanistas e indigenistas, no se dan cuenta que de ese modo se pierde la oportunidad de poner en la palestra a los problemas más acuciantes de la América Latina; solo de esa manera podremos sacar de esa asimilación forzosa que los identifica con lo irremediable y lo inveterado por sus antecedentes ancestrales, además de la apología a la idiosincrasia que está en la punta de la lengua del más sencillo de los comentarios.

La reflexión no se debería circunscribir solamente a la cuantía de los latrocinios, o a la aculturación y exterminio de una manifestación social; un juicio más sensato nos debería conducir a ver la situación de la marginalidad de las comunidades indígenas en el mundo de hoy, el porqué su integración resulta un obstáculo insalvable, el porqué el choque con la modernidad no impulsa su consolidación tradicional y, en cambio, produce su deseo imperceptible por terminar en el recuerdo; estos son varios de los interrogantes que no tendrán una apertura al diálogo, si la noción que se utiliza se atrinchera en posiciones intransigentes con un significado simbólico que solamente responde a conceptos tipo, identificados más con la inestabilidad que con una base conceptual que ayude en el fortalecimiento de un nuevo concepto en el razonamiento.

Los novísimos indigenistas, que en sus descargas contra Pizarro y Cortez, olvidan que las naciones latinoameri-

canas con población india son independientes desde hace siglo y medio y que en todo ese tiempo nuestros gobiernos republicanos han sido igualmente ineptos como la administración colonial en la solución del problema indígena; un problema que tiene varias connotaciones como la económica, cultural y política y que precisa de una solución con mira integral y no meramente circunstancial o piadosa.

¿Pueden modernizarse estas comunidades de ancestro cultural amplio y rico, conservando lo esencial o por lo menos rasgos culturales fundamentales que les permitan una diferenciación marcada y establecida?: ¿esta confrontación significa una occidentalización sin mayores atenuantes? daría la impresión de un aspecto que cede más fácilmente a las seducciones que plantean una plataforma de reivindicación política, que a un diagnóstico severo de lo que puede pasar en el futuro; de hecho, el mestizaje ha herido de muerte y sustituido gran parte del acervo cultural propio de cada comunidad indígena por otro de clara filiación occidental (eso sin hablar de cosas que están a la vista como el vestido, la educación, el tratamiento de las leyes e incluso del lenguaje que es lo que configura más fuertemente una noción de nacionalidad).

¿Este proceso debería ser combatido o apoyado?: ¿Es la occidentalización del pueblo indígena un crimen o la vía más

rápida para que venza la marginación?; estos son algunos de los problemas que deberían ser tomados en cuenta el momento en que se evalúen las propuestas contenidas en los códigos de comunicación utilizados para el referente ideológico que se propone.

Pero las circunstancias se han encargado de que en vez de este fecundo diálogo nos ensarremos una vez más en una polémica tan fogosa como inútil.

DIALECTICA DE LA CULTURA: UN SISTEMA DE SIGNIFICACION

Al observar los distintos elementos que componen, la cultura, en muchos de ellos vemos no destacarse referencias que puedan colaborar con los sistemas de comunicación creados por los sujetos pasivos; a pesar de ello, las funciones de comunicación pueden confundirse en los sistemas de significación que hacen posibles los procesos de comunicación. Por supuesto que este constante proceso tiene sus diferentes escalas de aportación, lo cual resulta trascendental para la interpretación de un signo específico que, a veces, se le pretende dar una sola emisión textual.

Veamos lo que Michel Foucault ("Las palabras y las cosas") encuentra en la aceptación de cultura cuando dice:

"Si aceptamos el término cultural en su sentido antropológico correcto, encontramos inmediatamente tres fenómenos culturales elementales que aparente-

mente no están dotados de función comunicativa alguna (ni de carácter significativo alguno): a) la producción y el uso de objetos que transforman la relación hombre-naturaleza, b) las relaciones de parentesco como núcleo primario de relaciones sociales institucionalizadas, c) el intercambio de bienes económicos".

Podría pensarse que es una enumeración caprichosa, fruto de un azar intelectual; más, estos son los fenómenos constitutivos que se presentan en cualquier cultura (junto con la aparición del lenguaje verbal articulado), apareciendo ésta por entero como un fenómeno de significación y de comunicación que existen sólo cuando se establecen relaciones de significación y procesos de comunicación.

Frente a ello, seguro que nos sentimos atraídos por dos insinuaciones claras: a) la cultura por entero debe estudiarse como fenómeno semiótico, b) todos los aspectos de la cultura pueden estudiarse como contenidos de una actividad semiótica. La hipótesis radical suele circular en sus dos formas más extremas, a saber: "la cultura es solo comunicación" y "la cultura no es otra cosa que un sistema de significaciones estructuradas" y que de alguna manera podría sugerir una imagen de exageración en el análisis y una sospecha de exacerbado idealismo.

Alguna salida tenemos con una reformulación que al respecto, Umberto Eco propone:

"La cultura por entero debería estudiarse como un fenómeno de comunicación basado en sistemas de significación".

Muchos coincidirán conmigo en que la primera postura radical es por demás extremista, ya que quiere reducir los objetos, los comportamientos y los valores, a una función exclusivamente semiótica.

Ayudados por la visión de Eco, vemos a simple vista, ser más razonable afirmar como el que cualquier aspecto de la cultura puede convertirse en una entidad semántica y evolucionar conforme los sistemas de significación convenidos por una sociedad determinada, cambian o se reformulan.

COMPETENCIA DISCURSIVA

De esta forma existen ciertas nociones que se derivan del discurso del Quinto centenario, que bien se pueden estudiar como un símbolo semiótico con varios significados que no se pueden deducir del simple enunciado; pero aquí están presentadas como algunas inquietudes sueltas que no aspiran a convertirse en axiomas de análisis semióticos que busquen el reconocimiento del asombro.

Cuando de la competencia discursiva se desprende el problema de las relaciones entre culturas de diferentes regiones, aquello está sutilmente vinculado a una particularidad social o también a la identidad nacional (una problemática que tendrá su análisis semiótico mas adelante), como a menudo ha sucedido con ciertas nacionalidades que han sido asimiladas a ciertos estereotipos que les concede particularidad gratuita (pensemos solamente en el carácter europeizante atribuido a los argentinos); o cuando en toda América Latina hay en estos momentos, frente a la conquista española, de hace cinco siglos, un discurso reivindicatorio que nos persuade para volver de nuevo hacia nuestras tradiciones.

¿A qué brecha generacional, a qué tiempo circunstancial, a qué estructura social o a qué identificación histórica debemos nosotros retornar para la reconsideración de lo sustentado? el problema siempre termina en un bizantinismo que evade un pronunciamiento concreto.

Cuando escuchamos los criterios que más han cobrado vigencia dentro de la propuesta general de los 500 años de la conquista española, muchos de ellos no dan cuenta de una idea general muy importante, diríase más bien que es una idea mención casi marginal, tomada con trivialidad por el supuesto y obvio contenido de la misma; aquella remisión considerada decadente es la que considera que el mundo entero es una his-

toria de invasiones, conquistas y mezcolanzas.

Supongamos a una nación como España, ¿cuál es su verdadera identidad?, si nos obsesionamos con una retrospectiva implacable, tendremos que aceptar una involuntaria exageración que nos llevaría a los misteriosos fberos, de los que casi nadie conoce; pero sobre ellos vinieron Fenicios, Celtas, Romanos, pueblos Germánicos, Griegos y Arabes atacando con violaciones y degüellos.

¿Cuál debería ser la lengua verdadera de esta nación? ¿qué precedente idiomático nos debe transportar a las primeras unciones de los vocablos castizos?, ¿este debe ser un castellano expurgado de las palabras de origen teutónico, árabe, griego, latín, italiano, inglés, y ahora un metalenguaje coloquial y advenedizo?; nada de lo que se refiere a los hombres es químicamente puro, categoría que solamente podemos atribuirles a las ideas platónicas.

No es cuestión de aplaudir o ignorar las atrocidades españolas con el vital incentivo de la codicia, horrible como todas las conquistas, pero si la leyenda negra fuera la única verdad de este acontecimiento no se explica porqué las más acendradas posturas indigenistas, no han sido escritas en el idioma de los incas, mayas o de los aztecas; aquí hay un valor implícito para un legado apenas perceptible para los códigos de general aceptación.

Esta dinámica evolución del lenguaje explicaría también porqué la cultura de esa América Hispánica, que recibió influencia permanente de las tendencias intelectuales europeas, no solo ha producido una de las más grandes literaturas del mundo actual, sino que ha llegado a repercutir también sobre escritores del viejo continente; esa dinamia valora aún más la vitalidad de estos intercambios lógicos en los mecanismos de comunicación, lo que descarta de plano una condición de inmovilidad que nos induciría a pensar en la asepcia como valor de dinámica cultural.

Una cultura que, por ejemplo, introdujo, en la civilización humana esos códigos de política y de moral que nos permiten condenar hoy a los países fuertes que abusan de los débiles, rechazar el imperialismo, el colonialismo y defender los derechos humanos no solamente de nuestros contemporáneos, sino también de nuestros más remotos pasados.

Los incas no hubieran entendido que alguien pudiera cuestionar su derecho de conquista y expansión, esto ayudó a crear la figura de un individuo con una soberanía por lo menos relativa, dueño de prerrogativas que las instituciones de poder están obligados a respetar. La cultura que daría a la libertad un protagonismo desconocido, en todos los ámbitos de la vida, alcanzando gracias a ella un progreso que se evidencia en los albores de la vida cotidiana; claro que

debemos guardar nuestras reservas con el proceso de evangelización, pero a la larga este también se circunscribe en las áreas del dinamismo cultural.

IDENTIDAD: HESITACION DERIVADA DEL CONTENIDO DEL ENUNCIADO

Los llamados a recapacitar los actos de expresión surgidos de la polémica, nos persuaden de cierta manera para que optemos por una alternativa, sustentada en un pensamiento generalizado, que nos va a sacar de la duda: la identidad; un término que para muchos implica una autenticidad fuera de cualquier conjetura, pero que ya en plano práctico tiene problemas de identificación, que tratan de ser solventados con remisiones a valores de trascendencia socialmente aceptados. Este sometimiento apenas nos brinda el espacio suficiente como para poder desarrollar nuevas alternativas, lo que significa que debemos aceptar algunas imprecisiones en aras de una identificación social que responda a las presiones de una sociedad en búsqueda de un elemento que la distinga.

Como diría Rafael Murillo en un ensayo sobre la búsqueda de la nacionalidad y la identidad:

"No creo que para los sectores de la mayoría de la población (incluyendo a las mayorías y a las minorías étnicas) la identidad exista como concepto, ni como formulación encerrada en un signo lingüístico".

Es una apreciación que no deja de ser cierta aunque nos esforcemos por transgredir los "límites naturales" de la semiótica y tratemos de involucrar al sujeto humano como actor de la práctica semiótica; ahí pueden surgir complicaciones ya que se dejaría de advertir la diferencia entre sujeto de la enunciaci3n y sujeto del enunciado. Una ligereza que no le correspondería a este trabajo dilucidar.

Sin embargo un análisis excesivamente frío, con una implacable visi3n técnica del símbolo, nos daría como resultado un criterio sin objetividad social; por ello a lo largo del texto tratamos de salirnos arbitrariamente para lograr una escritura más ágil, dejando constancia del desmedro que sufre un estudio que debería estar más acorde con una técnica semiótica.

Los sectores populares no suelen preguntarse si son "idénticos" o no, me parece que ellos simplemente son y en este permanente ser y estar, van conformando sus respuestas, según las necesidades que le impone la misma existencia. Por tanto, sin preguntarse por su origen, absorben, reelaboran y readeúan todo aquello que se considera necesario para mejorar o cambiar, no solamente sus condiciones materiales, sino las representaciones que se relacionan con su universo simbólico.

La tradici3n y la cultura popular, no necesariamente forman parte de un mismo hecho; lo uno no es sinónimo de

lo otro, en esta maraña de dubitaciones, ¿cómo se puede hacer para acercarse por lo menos en algo a lo denominado "popular" y a lo estipulado como "identidad"? Lo popular se determina y no por su origen, sino por su uso, habría que tomarlo como hecho y no como esencia, como posici3n que incentiva las relaciones y no como una substancia per-se; esta manifestaci3n de identidad no es una serie de fotografías testimoniales de melancolía proterva, sino una posici3n y una acci3n sin la menor contemplaci3n con los signos textuales. Aunque estos digan otra cosa.

Al sujeto de este acto de expresi3n debe considerarse ante todo como uno de los posibles referentes del mensaje o del texto, puesto que el sujeto de la enunciaci3n, con todas sus propiedades y actitudes, va presupuestando en el enunciado, por ello debe leerse como uno de los elementos del contenido transmitido. (Humberto Eco, Tratado de semiótica general). Cualquier intento de introducir al sujeto en la enunciaci3n del discurso semiótico, como fue señalado anteriormente, entraría en un franco desafío de los límites "naturales".

Indudablemente hay que admitir que la semiótica quizás esté destinada a violar también sus propios límites naturales para convertirse en una teoría que explique de alguna manera ciertos hechos de significaci3n para ciertos grupos

humanos y los orígenes que estos puedan tener. Al respecto Eco en su Tratado de Semiótica general) dice:

"La semiótica puede estar predispuesta a transgredir sus límites naturales para convertirse en la teoría de los orígenes profundos e individuales del impulso a significar. En esta perspectiva, algunos temas de la teoría de la producción de signos (como por ejemplo, los casos de institución y cambio de código) podrían pasar a ser objeto de una teoría de la TEXTUALIDAD o de la creatividad textual".

Por ser una materia que demanda un mayor esfuerzo de abstracción, es comprensible que en algunas de estas citas, queden flotando ciertos términos, que tienen su significado específico dentro de la semiótica y que solamente pueden ser entendidos con una explicación introductoria precedente, dentro de un estudio más extenso; sin embargo, como nuestra tarea no es emular un tratado semiótico con un ímpetu de ligereza y apresuramiento, el objetivo de las citas no es otro que relacionar una idea básica exclusivamente, aceptando que también se puede contribuir decididamente al costal de dudas que tendrán que cargar los que se aventuren en esta audacia.

Cuando del mensaje deducimos que debemos estar preparados para encarar a la identidad como referente, es en ese momento cuando más nos sentimos estar frente a una creatividad textual.

Muchos advertirán en esta afirmación que hay una negativa implícita a la existencia y a la importancia de los sujetos empíricos individuales y materiales que, cuando comunican y articulan su pensamiento con las palabras, obedecen a sistemas de significación; sin embargo, lo único que se da por sentado es que la semiótica tiene que definir dichos sujetos dentro de su cuadro categorial, de igual forma cuando se hable de los referentes como contenidos, no niega la existencia de las cosas individuales y de los estados reales del mundo, pero asigna su verificación a otros tipos de investigación.

Por eso es que la semiótica considera a ese sujeto como la SEMIOSIS, y esto? bueno aquello -como lo explica Eco-.

"No es otra cosa que el proceso mediante el cual los sujetos empíricos comunican y los sistemas de significación hacen posibles los procesos de comunicación".

Por ello, para que no se queden "empantanados", los sujetos empíricos, desde el punto de vista de la semiótica, solo pueden identificarse como manifestaciones de ese doble aspecto: sistemático y procesal.

CAMINO DE CONNOTACIONES

Quedaría por fin el demoledor y paradójico argumento de la liberación de las colonias de la metrópoli mediante dos doctrinas europeas: el romanticismo

y el iluminismo, después de todo, el legado cultural, hijo no deseado de paternidad hispánica responsable, no se circunscribe sino en lo que significa el proceso evolutivo de la cultura, que no es más que un fenómeno de significación y de comunicación; es decir, que la humanidad y la sociedad solamente existen cuando se establecen fenómenos de significación y procesos diversos y activos de comunicación.

Las fuerzas políticas nacidas de un nuevo género social, ubicado en un sitio de diferente estrategia geográfica, tomaron real auge luego de que fueran impulsadas por las corrientes de pensamiento que se debatían entre la incertidumbre del desafío y su lenta peregrinidad hacia el poder; por ello el enciclopedismo sería la principal motivación para los lectores clandestinos, hombres de fuerte respaldo e importancia social, sin embargo, carentes de algún tipo de expresión de poder. Esto no quiere tampoco desconocer el esnobismo que en muchas de esas influencias se presentó como un signo revelante y no deliberante, acceso fácil a un signo de clara distinción social (bastaba su irreflexiva alusión para que genere el efecto disuasivo esperado).

Pero así funciona la cultura, de modo retorcido, extraño, y hasta cierto punto antojadizo. Seamos menos drásticos con nuestros deslumbramientos porque gracias a ellos también hemos logrado descifrar enigmas que luego se han tornado en destellos de significación

para la competencia discursiva europea, que antes buscaban en los signos culturales americanos un cierto pintoresquismo y un cierto color local más destinado a provocar una curiosidad extrovertida que a brindar una importación significativa; como si la soledad, la existencia, la muerte, la vida, las pasiones etc., estuvieran exentas de un valor universal y tuvieran solamente una sola ponderación aceptable, se olvida una cierta generación espontánea respecto de las aproximaciones convencionales de la cultura.

Toda concepción, por ínfima e irrelevante que pueda parecer, es un poco como el sueño, una reacción contra el mundo exterior y, en ocasiones, una violenta y rencorosa negativa; es decir, toda apreciación con discretos niveles de protagonismo es lograda por su autor, porque le disgusta el mundo que lo rodea, malogrado por la fealdad, la imperfección, el desorden, la relatividad, siempre con esa intención de lograr un algo. Esto no solo tiene un cierto sabor consciente, también se puede establecer por su inconsciente inmolado en la hoguera que produce cierto predominio de lo razonable.

Pero si bien este arte visionario es predominantemente subjetivo, el sujeto no existe solo, sino en un marco de convivencia, en el seno de una sociedad y una cultura.

Nuestras posturas tienen sus antecedentes en Europa, pero esto no determina

que puedan ser (relativamente) originales; esta atribución de relativa independencia tampoco debe llevar a la elaboración de propuestas que desconozcan valores relativos y valores de cierto predominio en un momento determinado, solamente por el mero gusto de marcar una diferencia irracional empecinada en un valor absoluto. Esto no debería reflejarse en la connotación simbólica de los 500 años, por el mismo hecho de que dicha implicación es una empresa que abarca grandes proporciones que se vuelven irreductibles el momento en que alguien se sienta tentado por la ilusión de un concepto simple y sin complicaciones.

El pensamiento de los iluministas, y sus variantes positivistas sobrevaloraron la ciencia, el arte y la razón, conduciendo a la humanidad a un proceso de abstracción y racionalización, alienando al hombre concreto, que no está formado solamente por su intelecto, sino, también y sobre todo, por sentimientos, emociones, sueños, esperanzas, angustias y mitos.

¿Hasta que grado lo que se ha dicho de los 500 años carece de esto y más bien tiene una marcada pasión por el razonamiento ineludible?, ¿no se ha convertido en una base conceptual, que da lugar a varios estereotipos divorciados de los múltiples elementos culturales que influyen en una determinada ideología?; bastaría con apreciar las distintas posturas que da lugar el tema

y veremos como se ajusta a impertérritas resoluciones, con un margen muy discreto a la disidencia.

Todo lo cual muestra que las más diversas y a veces remotas culturas actúan las una sobre las otras, en un ir y venir incesante, dentro de los espacios ganados a las equivalencias y a las debilidades. Quizás ahora se lamente el terrible tributo que ha pagado la conciencia moderna por la proscripción de las arcaicas potencialidades del inconsciente: nuevas deidades que crecen en los nuevos márgenes de iconismo imperante, con un marcado acento en los deseos condicionados y vehementes.

DIASPORA Y VALOR UNIVERSAL DE LOS CONCEPTOS

Aunque esta palabrita no deja de ser sazónada con evidente jactancia, esto nos ayuda a llegar a un cuestionamiento obvio (que no es solamente el del significado, el cual será despejado tan pronto como les inquiete el beneficio de la duda) en relación a su coherencia y articulación con el propósito de este ensayo; lo que se puede destacar es la íntima relación entre la predisposición de los actores sociales que elaboran un determinado contenido, y la movilidad social que podría hacer variar la receptividad del destinatario. Esta dinámica es hoy enteramente comprensible por la trepidante función de las comunicaciones y de ciertos valores de carácter universal, el aislar ciertas

perspectivas podría terminar en una obstinación perjudicial.

Estos elementos contemplan una escala de valores que empiezan a tener una incidencia más amplia y determinante en las condiciones de la vida diaria del más común de los mortales, y mucho más si está involucrado en un ambiente social expuesto al más mínimo agente exógeno.

La nación y la diáspora parecen, hoy por hoy, destinados a ser los paradigmas y extremos de posible organización de los grupos étnicos a escala planetaria. De lo cual tenemos una buena muestra en las inmemoriales vicisitudes de los sefardíes.

Considerando como una teoría del orden político mundial, el nacionalismo postula el establecimiento de una correspondencia biunívoca entre étnias y territorios. Cada étnia o nación debe tener un territorio bien delimitado sobre el que edificar su propio estado nacional. Y cada territorio del planeta debe estar asignado a una étnia determinada, como solar de su cultura y escenario de su destino.

Porvenir que muchas de las veces está alejado del contorno natural en donde debería recibir el mensaje el actor pasivo de un sistema de significación, como es en este caso, la relación con la que pudiera interpretarse un hecho significativo como el que da origen a estas disquisiciones.

¿Qué significa para los latinos de las barriadas inermes de las grandes ciudades esto de los 500 años?, ¿alcanzarán a descubrir algunas gradaciones en este sentido? son entre otras las interrogantes que pudieran surgir de esta aparente relación con la diáspora social que en estos tiempos de calendario convulsionado no dejan de preocupar a quien se aproxima a este dilema.

¿Todo lo que se ha expresado bajo el manto conmemorativo, ayuda a una concepción universal que modifique los vertiginosos términos de relación internacional?, más allá de una pregunta sin respuesta que intente solamente una distensión en el contenido del texto, es más bien un buen parámetro para confirmar el verdadero sentido universal del quinto centenario; sería menos estéril aprovechar las implicaciones universales del hecho y no reincidir en particulares puntos de vista que sugieren un análisis y profundiza en ciertos anuncios estigmatizados en un momento histórico determinado; llegado el momento vemos que es una postura que tiende a aislarse progresivamente de las influencias con cierta preponderancia. Terminan por encerrarse en sí mismas sin dar paso a cuestionamientos que pongan en riesgo su credibilidad frente a sus incondicionales receptores.

¿Por qué una deducción universal que ayude a un análisis menos austero? Porque sabemos que el futuro de la condición humana en nuestro planeta

está comprometido en términos de clara corresponsabilidad que afecta a nuestra vida cotidiana en cualquier rincón de la tierra. Somos partícipes, sin olvidar que estas mutaciones están provocando a menudo reacciones que plantean interrogantes sobre la relación con lo universal; ¿qué vemos a nuestro alrededor?

Qué significado puede tener una relación en este sentido si cada vez nos vemos abocados a nuevas realidades sociales en donde los destinatarios de un material de comunicación adquieren nuevas respuestas interpretativas, en muchos de los casos con total desidia e indiferencia a ciertos conceptos que supuestamente deberían defender.

Si bien muchas de las configuraciones étnicas se oponen a las formas como se ha tratado el tema, no deja de ser incompleta su propuesta cuando ésta se centra solamente en exhortaciones a un glorioso pasado y a un constante sentido por rivalizar con muchas de las opciones de vida, que forman parte de su contorno social y que en muchos de los casos ponen en riesgo la supervivencia de elementales rasgos antropológicos, culturales y sociales. ¿Porqué no intentar formas de concertación entre un presente que para muchos tiene un despertar de rezago y el esfuerzo por concientizar a las personas de lo inevitable de la convivencia con el mismo, dejando de alimentarlas con falsas perspectivas?

Se debería poner énfasis en los nuevos retos y no en el repliegue en sí, el resurgimiento de los particularismos agresivos, un nacionalismo repulsivo en ocasiones, el fundamentalismo comunitario; sin dejar de lado las crisis de las identidades colectivas y, a veces, la dislocación del propio vínculo social.

Pese a ello y quizás también por ello, estos movimientos de identidad se inscriben en la trama de una tendencia ineluctable: la mundialización. Claro que esto no deja de tener un cierto espejismo, hay que estar claros en que esta particular condición también producirá los mismos defectos, los desequilibrios y las situaciones de ruptura.

Con todo, de esta realidad contradictoria, mezcla de unificación y de diversificación, está surgiendo una nueva forma histórica y absolutamente singular; de pronto estamos entrando en una civilización inmediatamente mundial. La universalidad tiende a concretarse, y lo hace de modo natural en función del genio respectivo, afectando al mismo concepto de universalidad, haciéndolo polifónico, múltiple y singular.

También sabemos que los grupos humanos, al igual que los individuos, atribuyen conceptos variables al sentido en función de las diferentes determinaciones históricas, culturales, religiosas o ideológicas. Sería un error

intentar valorar obligatoriamente una concepción en particular e imponerla a los demás.

La antropología y la etnología del siglo XX nos ha enseñado que en derecho, no hay cultura superior o inferior o espíritu evolucionado o primitivo, sino solamente representaciones colectivas e imaginarias además de códigos de valoración generalmente aceptados que deberían ser juzgados en relación a ellas

mismas y con sus propios sistemas de significación. Sin duda debemos evitar también el relativismo radical.

Hemos de tener la libertad de elegir lo que corresponde a lo que creemos dentro de la diversidad y la mezcla de culturas. También tenemos derecho a creer que hay valores que, por sí mismos, deben ser respetados, no porque satisfagan nuestros intereses, sino porque afectan al interés de la humanidad misma a través del hombre.

